PEDRO OPEKA
Pierre Lunel

Rebelarse por AMOR

AGAPE | BONUM | GUADALUPE | PAULINAS | SAN PABLO

Índice

Prefacio 7

¡Rebélense!... 11
¡No abandonen nunca! 19
¡Valoren la verdad que nos hace libres! 31
¡Basta de indiferencia! 47
¡Desconfiemos de la cólera! 63
¡No al abismo norte-sur! 69
¡La justicia por encima de la ley! 85
¡Actuemos en favor de la fraternidad! 93
¡Combatamos sin tregua la pobreza! 99
¡Apoyemos a nuestro hermano,
el papa Francisco! 107
¡Reencontremos los verdaderos
valores! 115
¡Desenmascaremos a los políticos
mentirosos! 123

La dignidad de la mujer no se discute 131
Velemos por la esperanza del niño 137
Rebelarse ¡para amar! 145

Postfacio 157

¡Rebélense!...[1]

●

—La palabra *rebelión*, ¿podría atemorizar?

—No se preocupen, ¡no se trata de armarse de fusiles Kalashnikov! Al contrario, esta palabra debe llenar nuestro corazón de júbilo, pues "rebelión" rima con "resurrección". Y si rima también con "revolución", es en el sentido de la revolución de los astros que, cuando han terminado su evolución, emprenden un nuevo camino. Rima asimismo con "obligación", ya que es condición del hombre honorable rebelarse contra todo lo que lastima profundamente al ser humano. La mentira, la injusticia y la miseria son, en efecto, heridas inaceptables contra las cuales hay que alzar la voz.

---

[1] **Nota del traductor:** el verbo *insurger* se puede traducir como *rebelarse* o *sublevarse*. María Moliner, en *Diccionario de usos del español*, menciona *insurgir e insurreccionarse*, este último como derivado de insurrección, pero ambos de poco uso.

El deber de rebelarse concierne a todo el mundo, no solo a los elegidos, a los profesores, a los periodistas, a las organizaciones humanitarias y a los que están en el poder. Apenas ultrajada la dignidad, todos, estemos donde estemos, debemos rebelarnos con las armas del corazón. Es un combate sin fin, a semejanza de la roca de Sísifo que parece querer aplastarnos y no lo logra, porque la fuerza de nuestros brazos se intensifica con la fuerza de nuestra alma. Combate exigente que requiere que uno acepte replantearse, descubrir en el fondo de uno mismo una "debilidad". Rebelarse es partir de ese descubrimiento interior: "No hay que esperar a ser perfecto para empezar algo bueno". Rebelarse no significa actos de protesta, sino impulsos de amor a primera vista. Nos rebelamos por amor y en nombre del amor.

Por nada más.

¿Cómo no rebelarse cuando descubrimos el desprecio del otro, el escándalo de las vidas ultrajadas, el derroche generalizado, el frenesí del rey dinero, la indiferencia hacia los viejos y los pobres, los hambrientos, los desocupados, los excluidos de todas clases... ¡Todo eso no es responsabilidad de Dios! Es nuestra responsabilidad y nuestro problema, pero, con la ayuda de Dios, nos atreveremos a actuar. Si ignoran

lo que significa la palabra "miseria", vayan a vivir ocho días con los marginados. Creo que al noveno día saldrán corriendo, a menos que la zancadilla del Dios de la misericordia los haga caer en el amor incondicional. Hay que padecer el mal de los otros para que a uno le agarren esas terribles ganas de rebelarse primero y de poner remedio luego con compasión, dejando obrar al corazón. Rebelarse es escuchar al corazón que mueve a la acción, a veces incluso a la oposición y a la rebelión. "Si en cada instante de tu vida pudieras despertar en ti lo mejor y ofrecértelo a ti mismo para habitarlo verdaderamente, de modo inconsciente despertarías en el otro esa misma parte de él que solo te esperaba a ti para estar viva", nos dice el padre Andrés María.

La insurrección del corazón es contagiosa. El amor en palabras es insuficiente, y es hora de pasar al amor en actos. En tiempos en que la mundialización de las finanzas y de los bienes alimenta como nunca los egoísmos, resulta urgente movilizar a la familia humana y rebelarse en nombre de la fraternidad. Sin ella, la vida puede convertirse en un infierno... "Hemos entrado en la mundialización de la indiferencia", dice el papa Francisco, y hay que alzarse contra esta indiferencia. Esa insurrección hará de ti un instrumento de paz; tú no perderás nada con ello,